

Capítulo 1

El suceso seminal

La caída

Cuando Ateneo Job salió temprano esa mañana, la extraña rueda que definiría su destino ya había comenzado a girar. Él mismo creyó intuirlo al despertar, un poco a la manera de esos sueños que dejan en nosotros una sensación a la vez intensa e inaprehensible, algo así como el pálido reflejo de una revelación fundamental o una secreta verdad que, sin embargo, una vez despiertos ya no alcanzamos a captar más que de manera muy difusa, cual desfigurado cadáver de una realidad otrora plena, quedando entonces relegada esa profunda verdad a la esfera de lo inconfesable, de lo no expresable en pensamientos o palabras coherentes.

Ateneo cerró la puerta del edificio, sobre cuya fachada los rayos del sol matinal proyectaban un juego de luces y sombras que prestaban a la construcción un aura misteriosa, casi se diría que enigmática. Nuestro héroe se detuvo un momento antes de cruzar ese intangible umbral a la par sombrío y luminoso. Tuvo la impresión de estar olvidando algo. Metió la mano en un bolsillo de su pantalón: ahí estaba su celular. Metió la mano en el otro: ahí estaban sus llaves. Y un pedazo de papel doblado que no recordaba haber puesto allí. ¿Un boleto de valet parking quizás? Sacó el papel, lo desdobló y leyó su contenido, sin comprender del todo su significado. Lo volvió a leer. Se quedó pensativo. Luego lo metió en un bolsillo de su saco, y echó a andar por la banqueta con paso enérgico.

Era una mañana clara y fresca en la ciudad de México. Una suave ráfaga de aire acarició dulcemente su rostro. Ateneo agradecía poder llegar caminando al trabajo en menos de quince minutos, sin necesidad de usar el coche y evitando así el pesado tráfico. Además, disfrutaba

intensamente admirar los árboles y las fachadas de los edificios mientras andaba.

Como cada día, caminó sobre la calle de Hamburgo hacia el cruce con Praga. De pronto, se escuchó un grito agudo, casi un aullido. El desgarrador e inesperado chillido hundió una especie de poderosa tenaza en la carne y en la mente de Ateneo. Tras esa dolorosa pero fugaz punzada, una inquietud indefinible se apoderó de él. Apuró el paso. En ese instante, tuvo una clara sensación de *déjà vu*, como si ya hubiera escuchado antes ese mismo grito y ya hubiera apurado el paso hacia el mismo cruce. Y entonces supo con certeza lo que vería al llegar a la esquina.

En unos segundos, se creó un contingente de curiosos en el cruce. Entre dos de ellos, Ateneo alcanzó a atisbar a medida que se acercaba a una señora tirada sobre la calle, en cuatro patas, mirando muy fijamente el piso, jalando aire con la boca abierta y un espeso hilo de baba escurriendo de ella. El hilo culminaba en una pequeña gota titubeante entre caer al pavimento o quedarse suspendida, columpiándose lentamente de un lado a otro como si fuese un (viscoso) péndulo. Cuando Ateneo llegó y se abrió paso entre la gente que seguía acumulándose, alguien ayudaba a pararse a la señora -de unos 60 años-, que ahora increpaba furiosa a un motociclista entre asustado, confundido e incrédulo.

—¡Es usted un imbécil! ¿Por qué no se fija?

—Señora, le repito, no entiendo qué pasó. Discúlpeme, pero yo tenía la luz verde.

—¡Exacto! Y yo me crucé confiada al ver que tenía la luz roja para peatones.

El motociclista se le quedó viendo, sin comprender.

—O sea, ¿usted vio que tenía la luz roja? Entonces ¿por qué cruzó?

—¿Cómo que por qué? ¡Pues precisamente porque tenía la luz roja!

En el grupo de personas que se habían ido congregando se escucharon varias risas.

La señora se volvió hacia ellos, enfurecida.

—¿De qué se ríen? ¿Les parece gracioso que este irresponsable haya arrancado a pesar de tener la luz verde?

Esta vez se escucharon más risas, entre ellas la de Ateneo, más bien nerviosa.

La señora se les quedó viendo, incrédula e indignada.

—¡Es en serio! ¿Por qué se ríen? ¡Este tipo me golpeó con su moto y me tiró al piso! ¡Porque no se fijó que tenía la luz verde! ¡Si hubiera estado atento, se habría dado cuenta de que yo tenía la luz roja!

Las risas fueron generalizadas esta vez, convirtiéndose algunas en estridentes carcajadas. Ateneo rio junto con ellos, contagiado, un poco más relajado ya.

La señora ahora lucía atónita, confundida, incluso perdida. Empezó a jadear. Abrió mucho la boca. Su mirada intensa se clavaba alternativamente en los rostros divertidos que ya la rodeaban en un semicírculo. Entonces sus ojos desorbitados se cruzaron con los de Ateneo, que súbitamente se quedó helado, como aprisionado e hipnotizado por ese encuentro de miradas. Su sonrisa se desdibujó, dando paso en su semblante a una seriedad tensa. Por un momento, dejó de escuchar las carcajadas a su alrededor. Dejó también de percibir por completo el entorno: el rostro desencajado de la señora ocupó de pronto todo su campo visual. Era ya un rostro desesperado, angustiado, aterrado. Era el rostro de una persona que percibía una situación de una cierta manera pero, al enfrentarse a la multitud, se percataba de que era la única en percibirla de ese modo, llevándola a transitar de la ira a la duda sobre su propia cordura. Y también era más que eso. A Ateneo le vino a la mente la imagen de otros ojos aterrorizados, los de un perro callejero acorralado en el camellón central de una vialidad de alta velocidad, sin poder comprender el mecanismo que gobierna el movimiento trepidante al que se enfrenta, un movimiento monstruoso y atroz que puede despedazar su cuerpo al más mínimo paso en falso, y del que en última instancia depende su vida misma. Si tan solo el animal abrumado, amenazado, herido, pudiera descifrar las reglas y leyes de su circunstancia, no se sentiría

tan perdido, tan atrapado en una angustiosa situación cuyo sentido no alcanza a discernir.

Los estímulos del mundo material volvieron a configurarse alrededor de Ateneo, que aterrizó de nuevo en la realidad circundante. Los curiosos comenzaban a dispersarse, algunos todavía riendo por lo bajo. La señora -que se había apartado un poco sobre la acera- se tocaba diferentes partes del cuerpo, verificando que no estuviera lastimada.

Ateneo esperó a que todos los curiosos se marcharan. Entonces se aproximó a la señora.

—¿Se encuentra bien?

Ella volteó bruscamente, muy tensa, como a la defensiva.

Escudriñó unos instantes el semblante amable de Ateneo. Pareció tranquilizarse un poco.

—Sí —suspiró con un hilillo de voz ligeramente trémula—. Estoy bien.

Se sacudió con las manos el vestido, que tenía un par de manchas provocadas por la caída. Después se quedó muy quieta, concentrada en un punto invisible frente a sí. Estaba ahora de perfil con respecto a Ateneo, sin atreverse a mirarlo. Su nariz levemente curvilínea destacaba de su rostro como un relieve en un frontispicio. Sus cabellos parcialmente canos le daban un cierto aire augusto.

—Esto no debería ser así —dijo finalmente la peliblanca—. Esto no debería haber sucedido.

Ateneo la miró con compasión y ternura. Ella seguía viendo hacia el frente, como contemplando un lejano y melancólico paisaje.

—Es extraño —añadió—. Algo no encaja. Se supone que las cosas no son así.

Hizo una larga pausa. Después prosiguió pronunciando con mucho cuidado cada palabra:

—Dígame por favor joven. ¿La luz verde indica detenerse? ¿O indica avanzar?

Ateneo espero unos segundos antes de responder.

—Avanzar.

La señora cerró momentáneamente los ojos y suspiró profundamente, tratando de digerir la información. Por un instante, pareció derrumbarse. Luego se enderezó, aparentemente haciendo un esfuerzo por recuperar el aplomo. Tras unos momentos, tuvo el valor suficiente para preguntar en voz baja:

—¿Siempre ha sido así?

Ateneo asintió con la cabeza. Ella movió la suya de un lado a otro, como negándose a aceptarlo.

—Pero es imposible. Algo raro está pasando. Podría jurar que la luz verde indica detenerse. Podría jurar que siempre ha sido así. Podría meter las manos al fuego por ello, si no fuera por lo que acaba de suceder. Llevo toda mi vida pasando por este mismo cruce, una y otra vez, día tras día. Apenas ayer, crucé cuando vi la luz roja. Y todo funcionaba bien. Como cada mañana. Es como si el mundo hubiera vuelto a comenzar hoy. Cambiado. Distinto de como mi memoria lo recuerda. En mi mente, yo sé lo que es verdadero, lo que es correcto. Pero ¿cómo defenderlo si soy la única que lo sabe? ¿Es real algo que solo es real para mí? Ayer que la luz verde significaba detenerse, todos habrían estado de acuerdo conmigo. Pero hoy ya no. Porque hoy la luz verde significa avanzar.

La señora se detuvo, asustada. Abrió mucho los ojos, todavía sin voltear a verlo de frente.

—Usted cree que estoy loca ¿verdad?

—No —contestó Ateneo—. No creo que esté loca.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Esto no puede ser la realidad. —Se volvió despacio hacia Ateneo, mirándolo con ojos suplicantes—. ¿Cómo hace usted para lidiar con la soledad?

Él se encogió de hombros.

—Cuando me siento muy solo, me alejo de la gente. Me recupero a mí mismo en el silencio. Y luego regreso al bullicio con ideas que me hagan sentir acompañado, incluso en medio de otros.

La señora pareció no escucharlo.

—Ahora que lo pienso, no es la primera vez que me pasa algo así. Últimamente tengo la sensación de que ciertas cosas no son como deberían ser. O que podrían haber sido distintas.

Hizo una pausa.

—¿A usted no le pasa?

—¿No me pasa qué cosa? —preguntó Ateneo pacientemente.

—¿No tiene a veces la sensación de que las cosas no son como deberían ser? ¿Que podrían ser de otro modo?

—Constantemente. Pero no con respecto a cuestiones concretas, como las luces de los semáforos, sino a temas más... generales.

La señora se le quedó viendo con cara de no comprender.

—¿Cómo?

—Sí. Digamos que la vida social puede ser muy absurda en algunos aspectos. Contraria a la lógica, o a lo que solemos considerar racional. Las personas podemos comportarnos de formas totalmente contrarias a lo que, en teoría, es sentido común.

—No entiendo a qué se refiere.

Ateneo miró unos momentos a la señora directamente a los ojos, como evaluándola. Estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo.

Ella continuó.

—Esas personas se burlaron de mí. Se rieron en mi cara. No respetaron que yo fuera mayor que ellos. No mostraron amabilidad ni empatía. Algunos de ellos incluso me grababan con su celular. Este mundo se está volviendo cada vez más frío, más inhumano. Dígame joven, ¿está bien burlarse de alguien, incluso si se equivoca? ¿Incluso si ellos creen tener razón?

—No. Claro que no.

La señora dejó pasar unos segundos antes de preguntar:

—¿Usted también río?

Ateneo bajó un poco la cabeza, avergonzado.

—Sí.

Ella asintió lentamente.

—Sí, creí verlo reír. Su rostro se volvió cruel. Su boca se torció y sus ojos eran burlones. ¿Por qué se rio?

—No lo sé —musitó Ateneo, y se quedó pensando unos segundos—. Supongo que es más fácil y placentero coincidir. Evitamos sentirnos en contradicción con la mayoría, porque saberse distinto puede ser incómodo. La opinión compartida nos da fuerza, nos hace sentir bien con nosotros mismos y con el mundo. Pensamos como se piensa, decimos lo que se dice, hacemos lo que se hace. Un poco como aquella historia de Fuenteovejuna. ¿Alguna vez la leyó en la escuela?

—No. O al menos no la recuerdo. No creo recordar un solo libro que haya leído. Fue hace tanto tiempo ya que fui a la escuela.

Hubo un silencio. Ateneo pensó en despedirse y marcharse, pero se sentía extrañamente en paz y contento en compañía de esa completa desconocida.

Ella fue la primera en seguir hablando.

—¿Cómo es posible que una pueda estar totalmente convencida de algo y verlo con toda claridad, mientras que otras personas lo ven exactamente al revés?

—Bueno, si estuviéramos hablando de asuntos políticos o sociales, eso sería lo normal ¿no cree? Y supongo que allí cabría usar la frase de Voltaire: no estoy de acuerdo con lo que dice, pero defenderé con mi vida su derecho a expresarlo. La señora se tomó su tiempo para meditar la frase.

—Su amigo es raro.

—¿Cuál amigo?

—Ese Boltés o Voltear, no escuché muy bien. ¿Cómo se llama?

Ateneo sonrió indulgentemente.

—Voltaire. Pero no es mi amigo. Fue un pensador del siglo dieciocho.

—Ah. Voltaire —pronunció ella con cierta concentración, como tratando de grabar el nombre en su memoria. Luego le guiñó un ojo, con el orgullo de compartir con él un nuevo conocimiento. Y continuó—: Creo

que no hice correctamente mi pregunta. Lo que quería decir es: ¿es posible que una persona tenga razón? ¿Aunque los demás no le crean?

—¿Posible? Sí. Esa es la historia del conocimiento humano. Piense en un científico que descubre un nuevo dato, y con base en él construye una teoría que contradice todo lo que hasta ese momento se creía saber sobre algo. Es una suerte de versión moderna de la alegoría platónica de la caverna: el resto de las personas estarían todavía en la oscuridad con respecto a eso que el científico ya conoce, y que la posteridad tarde o temprano terminará por aceptar y hacer suyo.

La señora arrugó la frente, aparentemente haciendo un esfuerzo, como quien trata de descifrar un idioma extranjero que no comprende. Sabe que las palabras que se suceden unas a otras tienen un significado y encierran algún mensaje, pero no alcanza a vislumbrar cuál.

Ateneo intentó aclarar su punto.

—En la ciencia, el supuesto loco que plantea algo radicalmente opuesto a lo que cree la mayoría, puede tener razón. Claro, debe tener datos, evidencias, argumentos persuasivos, una explicación muy bien razonada y construida a lo largo de muchos años. Un científico particularmente creativo y talentoso puede dedicar su vida a elaborar una teoría que aporta a la sociedad una nueva forma de ver las cosas. Una forma más eficiente, y quizá también más verdadera, lo que sea que la palabra "verdad" quiera decir. En ese caso, incluso una minoría de uno puede tener la razón frente a una mayoría de millones.

—Entonces la mayoría sí puede estar equivocada.

—Sí, en algunos casos. Lo curioso es que tiene que ser la mayoría misma quien lo confirme. En mi ejemplo, si únicamente el científico creyera en su teoría, sería como si hablara un lenguaje individual, que nadie más que él podría entender. Sus ideas no tendrían entonces realidad fuera de su propia mente. Para que se convierta en real para otros, una idea o perspectiva tiene que irse abriendo paso poco a poco en las mentes de la mayoría. De lo contrario, sería considerada una curiosidad estrafalaria. Por toda la posteridad. O más bien no, porque nadie la recordaría. Sería

más bien como si nunca hubiese existido. No solo la idea. También la persona que la concibió.

La señora lo observaba atentamente. Se quedó pensando. Al cabo de un momento dijo:

—Pero supongo que los semáforos y sus luces son una cosa distinta.

—Sí. Esas son convenciones que aceptamos para regular acciones como cruzar la calle sin ponernos en riesgo.

—Y sin embargo yo me equivoqué. Con algo tan sencillo —murmuró la señora, cabizbaja y con voz triste—. Creo que estoy enferma. Quizá incluso loca.

Él la miró con benevolente simpatía.

—Pero ¿estar loco es estar enfermo? ¿Como se está enfermo de gripa o de cáncer? Si la locura fuera en el fondo una manera muy distinta de percibir el mundo, ¿sería válido querer “curar” a quien la “padece”? ¿O más bien deberíamos ver a esa persona como alguien diferente? ¿Y entonces tolerarla, aceptarla y respetarla? Mire, sin conocerla más allá de estos pocos minutos que estamos compartiendo, a mí usted me ha resultado más agradable que muchas personas supuestamente cuerdas con las que convivo con frecuencia. En todo caso, prométame una cosa. A partir de ahora, cada vez que cruce la calle, fíjese bien en los semáforos. Y solo avance si tiene la luz verde para peatones. Porque créame, mañana que vuelva a pasar por aquí, la luz verde seguirá significando avanzar.

—¿Está seguro de eso?

—Sí. Tan seguro como de que si golpeo una bola de billar saldrá en una determinada dirección y no en otra. O como de que el sol saldrá mañana. O de que dos más dos son cuatro. Y no cinco, o un perro.

—No lo sé. Hoy en día todo cambia demasiado rápido. Ya nada es sólido, estable, duradero.

—Todo lo sólido se desvanece en el aire.

—¿Perdón?

—Nada. Una frase de otro amigo —sonrió Ateneo, y sacó su celular del bolsillo para ver la hora—. Escuche, ¿hacia dónde va?

Ella dudó un poco. Después respondió:

—Al metro Sevilla.

—Excelente. Estamos cerquísima. Dos calles más de frente, vuelta hacia Avenida Chapultepec y listo. ¿Me permite acompañarla?

—Muchas gracias joven. No se preocupe. Ya estoy bien.

—¿Segura?

—Segura.

—Bueno —dijo él, sonriendo cálidamente.

La señora le devolvió una sonrisa franca, en la que se traslucía alivio y tranquilidad. Luego lo miró detenidamente, como tratando de leerlo.

—Es usted una buena persona —aseveró finalmente.

Él hizo una pequeña reverencia, a manera de agradecimiento por un cumplido recibido.

La señora separó sus brazos y puso cariñosamente una mano en cada brazo de Ateneo, se inclinó un poco y mirándolo a los ojos dijo sonriente:

—Que Dios lo bendiga joven.

Tras un par de segundos, su amplia sonrisa pareció esfumarse y puso una cara extremadamente seria.

—Tenga MUCHO cui-da-do —sentenció con ojos desmesuradamente abiertos, expresión muy tensa y una voz que sonaba distinta a la suya.

—¿Cómo dijo?

—Cuídese mucho —repuso la señora, que repentinamente ostentaba otra vez en su semblante una sonrisa franca y relajada.

—Igualmente —dijo Ateneo, perplejo.

La señora se dio la vuelta, y él observó su cabeza blanca perderse gradualmente entre la multitud, sintiendo en la boca del estómago una vaga inquietud.

Fuego y sangre

Ateneo Job continuó su camino. Tras cruzar Paseo de la Reforma, se detuvo en un puesto de periódicos.

—¡Señor Ateneo! ¿Cómo está?

—¡Hola Paco! Bien bien. ¿Tú qué tal?, ¿cómo va todo?

—Bastante bien gracias a Dios. No me quejo.

Ateneo tomó un ejemplar del Diario Oficial del Distrito Federal y le extendió un billete de un peso a Paco.

—¡Revise la sección financiera señor! El peso alcanzó un nuevo récord histórico frente al dólar.

—¡Aguas! —se escuchó de pronto un grito aterrorizado a unos diez metros. Varios transeúntes, sobresaltados, pegaron un brinco de la banqueta hacia la calle. Ateneo aguzó la vista, tratando de discernir lo que sucedía. Tres trabajadores vestidos con el uniforme de servicios del Gobierno se disponían a colocar una manta sobre la pared de un edificio. Al que se había trepado al tercer piso se le había caído una herramienta.

—¡Abusado carnal! Por poco te echas a alguien —le espetó uno de los de abajo, que llevaba una gorra roja.

El otro reía divertido a su lado.

—No maames Carlitos, ¿de qué te ríes cabrón?, ya mero mata a alguien este pendejoo —exclamó el gorrirrojo, arrastrando un poco las sílabas al usual estilo popular. Hablar cantadito, dirían algunos.

—Perdón perdón. Pero es que hubieras visto la cara del Pedro. Casi se caga cuando vio que ya no podía agarrar esa chingadera —siguió riendo su compañero.

A un costado de los dos hombres, sobre la banqueta, había un pequeño montón de mantas dobladas. Al voltear a su alrededor, Ateneo se dio cuenta de que una buena cantidad de empleados de servicios se preparaba para colocar mantas en otros puntos de Reforma.

—Se nota que ya se acerca marzo —le comentó a Paco.

—Sí —sonrió.

—A ver, tipo de cambio de hoy, 22 de febrero de 2023 —dijo Ateneo mientras abría el periódico en la sección financiera—. Nada mal —comentó después de echarle un vistazo, levantando las cejas hacia Paco con una ligera sonrisa.

—¿Verdá que sí? Creo que este año sí podré llevar a mi esposa y mis hijas a Colorado. La más grandecita vio en internet una foto del Gran Cañón, y quiere ir.

—¿Cómo sigue?

—¿Mande?

—Tu hija. ¿Cómo sigue? La semana pasada me dijiste que se había enfermado por unos tacos de la calle.

Paco puso cara de extrañeza e hizo un chasquido con la boca.

—Qué raro. Sí anda bastante malita de la panza, pero fue apenas ayer que se comió unos taquitos de suadero afuera del metro, y le hicieron daño.

—¿En serio? —Ateneo se quedó pensando un instante, frunciendo el ceño y ladeando ligeramente la cabeza en señal de confusión. Luego se encogió de hombros.

—En fin, que se mejore pronto. ¡Que tengas un excelente día! —exclamó sonriente, con la mano levantada en un saludo.

—¡Muchas gracias señor Ateneo! ¡Bonito día para usted también!

En la esquina estaba el edificio de Zalmex, la empresa en que trabajaba. Justo al lado de la gran puerta giratoria, un pordiosero completamente ebrio o drogado balbuceaba incoherencias, con la espalda recargada sobre la pared del edificio. Todavía no daban las ocho. No tardaría mucho en verlo alguna patrulla, y se lo llevarían a la Delegación. El hombre llevaba una raída sudadera negra con capucha, por lo cual Ateneo no alcanzaba a ver el perfil de su rostro.

—Tronó la metralla. ¡Duroooo! Se asomaron los rebeldes. ¡Aaay, los terroristas! Primero los más niños. Dieciocho angelitos. ¡Pum! Se extendió el fuego. ¡Corrió la sangre! ¡Sangre y fuego, fuego y sangreee!

Ateneo observó la figura lóbrega del pordiosero recortarse de forma siniestra sobre el fondo transparente de las puertas giratorias. Se estremeció. Había algo raro en él. Algo difícil de definir. Pero sin duda atroz. Horripilante.

Pasó a su lado con cuidado, sin quitarle los ojos de encima. Antes de llegar a la puerta del edificio, el pordiosero chilló:

—¡Tú! —Sacó rápidamente una mano y se asió al tobillo de Ateneo, que intentó retroceder instintivamente, sacudiendo la pierna. Espantado, intentó desesperadamente zafarse, pero la mano del hombre era extraordinariamente fuerte. Sacudió de nuevo la pierna vigorosamente, lo cual hizo que el cuerpo del pordiosero se arqueara de manera grotesca. Con el forcejeo, la capucha de su andrajosa sudadera negra se desplazó hacia atrás, dejando al descubierto un rostro sin ojos, casi cadavérico, de piel extrañamente grisácea, con unos cuantos cabellos hirsutos en la calva. Su tensa boca estaba abierta y estirada con esfuerzo, formando una repulsiva oquedad que recordaba la pintura “El grito” de Edvard Munch.

Ya horrorizado, Ateneo se agachó para poner su mano en la del ciego, apartándola con violencia de su tobillo. Después la pateó con fuerza un par de veces, casi con saña, y entró enseguida por las puertas giratorias.

El circo

Con el corazón golpeando en su pecho y la mano temblorosa, subió por el elevador al cuarto piso. Como siempre, era uno de los primeros en llegar. Dio nerviosamente los buenos días mientras pasaba por entre las hileras de escritorios hasta llegar a su oficina. Se quitó el saco y lo colocó en el perchero. Acto seguido salió y se dirigió al baño. Se echó agua en la cara y se miró en el espejo. Ateneo estaba en el primer tramo de sus treintas, tenía tez blanca, cabello negro, era de estatura mediana, cuerpo relativamente delgado aunque no ejercitado, y portaba un pequeño lunar de nacimiento en su mejilla derecha.

Al regresar a su oficina, cerró la puerta, se preparó un té relajante (en lugar del acostumbrado café) y se sentó en su escritorio. Suspiró profundamente.

Una vez que se hubo calmado, repasó un poco distraídamente los pendientes del día. Tardó unos quince minutos en lograr entrar de lleno en su habitual estado mental de trabajo, es decir, el del celo perfeccionista y un tanto obsesivo. A muy grandes rasgos, su trabajo implicaba dos tipos de tareas esencialmente disímiles: las del primer tipo eran bastante complejas, en tanto que las del segundo eran relativamente laboriosas pero más mecánicas. Como acostumbraba, comenzó con las complejas, aprovechando la parte de la mañana en que su mente solía estar más concentrada. Su labor en la empresa era de índole organizativa, relacionada específicamente con la logística del transporte terrestre. Dado que los productos de limpieza de Zalmex llegaban a casi todos los rincones del país, administrar el transporte suponía tener en mente una gran cantidad de variables y sus diversas interacciones en varios niveles, de tal modo que cualquier contratiempo pudiera resolverse y toda la mercancía llegara a su destino en tiempo y forma.

A las ocho y media ya casi todos habían llegado, y no mucho tiempo después desfilaban atareados de un lado para otro, como una marabunta de diligentes hormiguitas. Ateneo pausó un momento su trabajo para observarlos a través del cristal de su oficina. Ahí estaba Ortega, con su sempiterno gesto desconfiado, observando de soslayo a los demás. A su lado derecho estaba el escritorio de Lalo García, quien pretendía ser amigo de todos, pero no dudaba en hablar mal de cualquiera a sus espaldas si sabía que obtendría de ello algún beneficio personal, por mínimo que éste fuera. Dos hileras más atrás estaba Jimena Horcasitas, experta en provocar conflictos que ella misma pudiera resolver, fortaleciendo así su posición en la empresa. Y por supuesto no podía faltar Aguirre, cuyo escritorio estaba casi enfrente de la oficina del director de división, muy *ad hoc* para alguien cuya principal estrategia de éxito consistía en la asidua adulación de quienes estaban por encima de él en jerarquía,

combinada con una abierta hostilidad hacia aquellos que ostentaban un rango igual o semejante al suyo, y un profundo desprecio por quienes se encontraban por debajo.

Y así podría haber seguido con cada uno de sus compañeros. Todo un circo humano en acción. Quizá más bien un gran teatro, con una y la misma tragicomedia siendo representada una y otra vez, a través de años, siglos y hasta milenios -reflexionó Ateneo-. Solo los actores y las circunstancias cambiaban; el decorado era otro, pero en el fondo la obra representada era la misma, a la par fascinante y humillantemente abyecta. Formidable concierto de mezquindades, vanidades y flaquezas humanas, impulsadas ora por envidia o celos, ora por amor o ambición. Byung-Chul Han y otros pensadores habían sabido delinear los contornos específicos de ese esquema en las sociedades tardocapitalistas contemporáneas. Las personas nacían, crecían, aprendían un oficio, se casaban, tenían hijos, se jubilaban, morían. Trabajaban todo el día a fin de adquirir bienes materiales que aportan estatus social, manteniendo el mínimo indispensable de salud física para poder seguir trabajando, y así pagar las deudas contraídas por la adquisición de bienes materiales. Se encontraban constantemente en máximo estado de alerta, como depredadores salvajes, que incluso mientras devoran a su presa no dejan nunca de considerar con atención su entorno, anticipando cualquier eventualidad que pudiese poner en riesgo su botín o a ellos mismos. *Multitasking*, se solía denominar ahora en ámbitos laborales a ese estado de permanente ansiedad mental, ensalzándolo como una virtud. El tipo de virtud que podía enviar hasta al más fuerte al hospital, víctima de cansancio excesivo, depresión, crisis de pánico o un colapso nervioso. “Qué duro trabaja” -dirían otros del paciente en cuestión, con apenas disimulada admiración.

Por supuesto, él era tan parte de esa ciega maquinaria como los demás. Posiblemente la única diferencia era que disfrutaba analizándola, como un pez que de pronto se percatara del líquido en el que había nadado desde siempre sin notarlo, un líquido invisible para la mayoría en el

cardumen, que no llegan nunca a columbrar que su vida transcurre en el agua, y por cierto en una determinada agua y no en otra, con una cierta temperatura y no otra, y así sucesivamente.

Al menos -pensó- podía agradecer no tener que lidiar a diario con la atmósfera general de hipocresía que generan la constante competencia y rivalidad. En su momento, había tenido que competir y poner el pie a quienes le ponían el pie, ganándoles finalmente la carrera. Pero ahora, a sus 32 años, había logrado destacar en una serie de minuciosas tareas que nadie más en la empresa podía realizar de manera tan concienzuda y meticulosa, y que además involucraban relativamente poca interacción con otras personas. Sin ser jefe de área, tenía su pequeña oficina separada de las hileras de escritorios y cubículos, al lado de las oficinas mucho más espaciales de los directores de división. No tenía ninguna ambición de seguir escalando posiciones, porque entonces el extenuante proceso de rivalidad y lucha volvería a comenzar para él. En cambio, de seguir como hasta ahora, tal vez incluso podría llegar a gozar antes de su jubilación de la tranquilidad y el tiempo libre necesarios para perseguir el sueño de ser escritor que había abrigado de adolescente, cuando su familia y amigos le advirtieron que se moriría de hambre si se inclinaba por semejante ocupación. Lo cual era desde luego una metáfora, pues nadie que tenga un oficio se muere de hambre. Lo que en realidad significaba morirse de hambre en su contexto social, era no tener un empleo que asegurase el suficiente dinero para comprar bienes materiales, lo cual otorgaba prestigio social, que a su vez daba acceso a una pareja, amigos y una familia que lo mirase con aprobación, en lugar de con sorna, condescendencia o lástima.

A veces se despertaba inquieto por las noches, con la sensación de que esta vida que llevaba no era realmente la suya. Como si su existencia diurna no fuera sino un sueño, mientras que la intensidad experimentada en sueños representaba la verdadera realidad, aunque crecientemente difuminada conforme pasaban los minutos y su cerebro se acoplaba, como cada nuevo día, a esta gris realidad.

Ateneo volvió a concentrarse y continuó trabajando durante un par de horas. Hasta que algo inesperado en la pantalla de su computadora capturó por completo su atención.

El camión 101

Revisó una vez más con detenimiento todos los datos, uno por uno, para asegurarse de que no se trataba de una equivocación suya. Verificó rutas, horarios y trayectos. El camión 101, cargado con dieciocho piezas, estaba programado para salir esa mañana del centro de recolección 6 en el Distrito Federal, con destino al Almacén 2 en Cuernavaca. Había registrado su salida correctamente. Una vez corroborado esto, Ateneo procedió a cruzar datos, cotejando cada parte de esta información con la que había llamado su atención hacía unos momentos.

Una vez hubo terminado, expulsó una bocanada de aire con los labios entrecerrados y se echó hacia atrás en su sillón, recargándose en el respaldo. Todo coincidía. No había duda. Dos camiones con el mismo número habían salido del centro de recolección 6. Este era ya el quinto caso de duplicación de vehículos en los últimos tres meses. Había reportado el primer caso a su jefe, quien a su vez lo comunicó al director general y éste a la Junta directiva. A partir de ese momento, la Junta directiva asignó directamente a Ateneo la tarea adicional de detectar casos similares y reportarlos inmediatamente a una dirección de correo electrónico específica, sin intermediarios. Así lo había hecho ya tres veces. Pero esta ocasión era distinta, porque anteriormente se había percatado de la anomalía horas después de ocurrida. Por primera vez, acababa de identificar una duplicación en marcha. Lo que fuera que estaba sucediendo, estaba teniendo lugar en ese mismo momento: el camión casi acababa de salir hacia su destino. Por supuesto, podía simplemente enviar el mail directo, como las ocasiones pasadas, pero nada garantizaba que fuera leído a tiempo. La otra opción era marcar al número que aparecía al calce en el acuse de recibo de sus anteriores correos.

Ateneo se inclinó ligeramente sobre su asiento, apoyó los codos sobre el escritorio y juntó las yemas de los dedos de ambas manos, cuyos índices descansó sobre sus labios, pensativo. No era exactamente su obligación reportar el incidente por teléfono. De hacerlo, seguramente habría consecuencias. ¿De qué tipo?, era imposible saberlo. Por otro lado, a él podrían incluso premiarlo por tomar la iniciativa de hacer la llamada directa. En otro orden de ideas, ¿no constituiría una cierta negligencia el no reportar el incidente de inmediato? Su talante perfeccionista parecía confirmar que lo lógico era sacar el celular de su bolsillo y hacer la llamada.

De pronto, sin saber por qué, recordó el pedazo de papel doblado que había encontrado sin querer en su ropa al salir de casa. Se levantó y sacó el papel del bolsillo de su saco, que colgaba en el perchero. Volvió a leer su contenido. Esta vez tuvo por un instante la sensación de que un recuerdo venía a su mente, pero no logró retener su destello antes de que se sumiera de nuevo en la noche del olvido. Sin duda, era su propia letra la que figuraba sobre el papel, pero no recordaba haber escrito esa frase. Sí, conocía el lugar al que se hacía referencia, y entendía también cada palabra, pero no el sentido de la frase en su conjunto.

Se escuchó entonces un fuerte chirrido y vociferaciones afuera, en la calle. Ateneo titubeó un instante. Luego regresó el pedazo de papel al bolsillo de su saco, y avanzó lentamente hacia la ventana.

La llamada

Se asomó por la ventana de su oficina, que daba a Río Nilo, una calle perpendicular a Paseo de la Reforma. Del otro lado de la calle, una cuadrilla de empleados gubernamentales se coordinaba para terminar de poner en el edificio de enfrente una manta conmemorativa como las que había visto en la mañana, dobladas sobre la banquetta. En ese momento, habiendo ya quedado bien fijos los bordes superiores de la manta, los

trabajadores de abajo se comunicaban a gritos con los de arriba, poniéndose de acuerdo para comenzar a extenderla.

Primero apareció el emblema verde, blanco y rojo del Partido. Conforme se seguía extendiendo la manta, fueron haciéndose visibles también sus siglas: P, D, U, una letra en cada uno de los tres colores. Finalmente, Ateneo pudo ver la leyenda en la parte baja del gran cartel. Decía: “Marzo 2023, 94 años de grandeza”.

En 2029, es decir dentro de solo seis años, el Partido estaría festejando nada menos que un siglo entero detentando el poder político en México. Bajo diferentes denominaciones, claro: PNR, PRM, PRI, PDU.

Ateneo odiaba profundamente al PDU. No porque fuera especialmente represivo o brutal. De hecho, no era ese el caso. Se las habían arreglado para mantenerse en el poder con una dosis mínima de represión y censura. En 94 años de historia, solo habían incurrido en dos matanzas verdaderamente importantes: la del 2 de octubre de 1968 y la del 2 de julio del 2000. En el siglo XX, Mario Vargas Llosa lo había catalogado como “la dictadura perfecta”, en el sentido de que representaba el epítome de un sistema político que se autorreproducía de modo autoritario sin necesidad de golpes de Estado o crímenes de lesa humanidad, como los que habían acaecido en otros países latinoamericanos como Argentina o Chile. Cuando Ateneo era niño, había otros partidos políticos en México: la llamada “oposición”. Ahora existía la Resistencia, un nombre excesivamente pomposo que hacía recordar la Francia ocupada por los alemanes, pero nada más alejado de la realidad. La susodicha Resistencia consistía en pequeños conjuntos dispersos de disidentes que se reconocían bajo una misma denominación, pero que en el fondo carecían de una plataforma ideológica común. El Gobierno toleraba y hasta alentaba esta débil oposición, ya que constituía un seguro contra toda genuina inconformidad, una especie de válvula de escape para que grupos poblacionales minoritarios desahogaran sus respectivos motivos de descontento.

Las verdaderas preferencias políticas de la sociedad mexicana se dirimían en otra palestra. La del Partido mismo. En parte porque la mayoría de los principales líderes de la “oposición” del siglo XX habían sido integrados al Partido, desde principios del siglo XXI éste se había dividido en dos planillas: la Planilla Roja, que daba voz a las ideas liberales de izquierda, y la Planilla Azul, que representaba intereses de sectores demográficos más conservadores. Así, cada seis años se llevaban a cabo elecciones presidenciales. En los últimos años, la sociedad mexicana se había polarizado hasta el extremo del fanatismo. Los partidarios de la Planilla Azul se referían peyorativamente a sus rivales como “chancros”, mientras que los de la Planilla Roja llamaban a sus adversarios “sífilis”. Andrés Ibáñez, el actual Presidente de la República, había ganado hace más de cinco años las elecciones representando a la Planilla Roja. Su política de “Brazos abiertos” frente a los migrantes era considerada laxa por parte de los líderes de la Planilla Azul. El candidato oficialista, Luis Ramón Pech, buscaba dar continuidad a las políticas de su mentor. Del otro lado del ring, la Planilla Azul confiaba en su candidato Rafael Mondragón, quien clamaba por el endurecimiento de las medidas para frenar la creciente migración, tanto la de la frontera sur como la del norte. A menos de medio año de las siguientes elecciones, los ánimos y discusiones eran candentes.

No, no era por totalitario o sanguinario que Ateneo detestaba al Partido. La primera y más importante razón, desde luego, era que su padre había sido una de las víctimas de la purga de julio del 2000. La segunda era que, para alguien como él, apasionado del pensamiento crítico y libre, el clima social de uniformidad de pareceres podía resultar opresivo y asfixiante. Irónicamente trabajaba para Zalmex, una empresa que, habiendo sido exclusivamente privada durante muchos años, en la última década había ido aproximándose cada vez más al Partido.

Ateneo Job respiró profundamente. Después se sentó frente a su escritorio, buscó en su cuenta de correo el accuse de recibo de su último reporte de incidentes, y marcó el número que aparecía al calce, al lado del

membrete de la oficina de la Junta directiva. Le contestó un joven sumamente amable, que se puso muy serio tan pronto como Ateneo anunció el motivo de su llamada. Le pidió que esperara un momento en la línea. Posteriormente volvió al teléfono.

—Señor Job, ¿está seguro de que la información que nos proporciona es correcta?

—Completamente. La he verificado yo mismo hasta el último detalle.

—Bien —replicó su interlocutor—. Lo escucho.

Ateneo le dio los datos. Después de eso, el joven le comunicó que el señor Bustamante quería hablar brevemente con él.

¿Qué? ¿Alejandro Bustamante? ¿Uno de los más importantes miembros de la Junta directiva? Ateneo se incorporó inmediatamente en su asiento, irguiéndose como si pudieran verlo desde el otro lado de la línea telefónica.

Tras unos cinco minutos de espera, una voz grave y agradable lo saludó.

—¿Tengo el gusto con Ateneo Job?

—Sí señor Bustamante. Buenos días.

—Muy buenos días señor Job. No quise dejar pasar la oportunidad de expresarle mi sincero agradecimiento por la valiosa contribución que ha hecho el día de hoy a nuestra organización. La información que nos ha hecho favor de proporcionar nos permitirá resolver un difícil inconveniente, de una vez por todas. Felicidades por su compromiso y dedicación a Zalmex.

—Muchas gracias señor.

—Por cierto, interesante apellido el suyo, me hace recordar lecturas bíblicas de hace tantos años. En fin, que tenga una excelente tarde.

—Igualmente señor Bustamante.

—Cuídese. Y hasta pronto.

—Hasta pronto señor.

Ateneo se reprochó su tono rígido y hasta un tanto marcial, pero se dijo a sí mismo con orgullo que no todos los días se habla por teléfono

con uno de los principales líderes de una de las empresas más importantes de México. Se quedó viendo la moderna placa de nogal colocada sobre su escritorio, con una lámina de metal que ostentaba su nombre: “Ateneo Job S.”.

Y sonrió.

Culos muy limpios

Al cabo de algunas horas más de trabajo, empezó a dolerle la cabeza. La satisfacción de la misión cumplida el día de hoy había ido dando paso a una difusa e inexplicable ansiedad.

Miró de nuevo a sus compañeros a través de la gran ventana de su oficina. Todos pasaban la mayor parte de sus vidas en este lugar. Llegaban a las ocho de la mañana y se iban a las seis o siete de la tarde. A veces -cuando era necesario- incluso a las ocho o nueve de la noche, al igual que él. Trabajaban arduamente, persuadidos de la importancia de su labor, orgullosos de ser parte de algo más grande que ellos mismos. ¿Qué harían los mexicanos sin los productos de limpieza de Zalmex, que se distribuían hasta en las tienditas de abarrotes más apartadas?

Y sin embargo, recordó Ateneo un texto de Herbert Marcuse, en el que se señalaba la irracionalidad de órdenes sociales aparentemente racionales. En particular, el autor se refería a la carrera armamentista de la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Millones de personas viviendo en una sociedad obsesionada por construir las armas más destructivas imaginables, a fin de provocar temor en el enemigo y evitar así un posible ataque. Horas, días, semanas, meses, años, vidas enteras a todo lo largo y ancho del mundo dedicadas a trabajar sin tregua para hacer predominar un determinado modelo económico, con su consiguiente ideología y estilo de vida. Sin duda, un objetivo socialmente muy valioso, pues de lo contrario no se le consagrarían tan arduos y prolongados esfuerzos. Pero ¿qué niño, al preguntársele qué quisiera aportar

al mundo cuando sea grande, respondería: “una bomba capaz de hacer volar en pedazos a todos mis enemigos”?

Ni hablar ya de los casi dos mil años de gigantescos empeños dirigidos, minuto a minuto, a combatir los pensamientos pecaminosos e impuros, con objeto de alcanzar lo único realmente valioso en la vida: la salvación eterna del alma. Y sin embargo -salvo los casos de los hoy considerados fanáticos religiosos-, ¿a quién le importaba ya verdaderamente en el siglo XXI la salvación de una supuesta alma inmortal? La misma idea de Dios se había ido convirtiendo en una mercancía más, destinada a otorgar dudosos favores o brindar tranquilidad mental a sus consumidores. Mi cereal favorito, mi marca de shampoo, mi Dios.

¿Y qué si los productos de Zalmex dejaban una huella ecológica desastrosa en su misma producción? ¿Y qué si en su consumo y posterior desecho provocaban aún más estragos en el medio ambiente? ¿A quién importaba realmente si el planeta seguía marchitándose bajo los embates tanto de nuestras necesidades como de nuestros caprichos? Lo importante era cumplir con un papel de valor en la maquinaria social. Y así, como planteaba Marcuse, un orden social aparentemente racional podía ser en el fondo profundamente irracional.

Imaginó Ateneo con sorna que un día Zalmex podría lanzar al mercado un líquido especial para limpiar el culo. Un líquido para personas “de alto valor”. Sin duda Ortega, y Lalo García y Jimena Horcasitas, y también Aguirre se pasearían muy erguidos por entre los escritorios, pavoneándose de sus logros en la promoción y venta del producto. El departamento de marketing idearía slogans como “Culo limpio en cuerpo limpio”, o “¿Culos limpios? Los de Zalmex”, o quizá “Limpiarse el culo es vivir, y vivir es increíble”, o tal vez “Tu culo merece ser consentido” o bien “Culo limpio vale por dos”. Al preguntar a los niños qué querían ser de grandes, algunos responderían:

—Vendedor de líquido para limpiar culos.

A Ateneo se le coló una risita, lo cual lo relajó un poco.

Podría uno incluso imaginar -pensó- una sociedad entera basada en la limpidez del culo, en la idea hegemónica de la pulcritud trasera. Una sociedad de personas cuyo principal propósito en la vida sería tener el culo lo más limpio posible. A ello consagrarían sus más esmerados afanes, y a ello responderían asimismo los anhelos más hondos de su corazón. La pureza del culo, concebida como fuente de toda virtud, ocuparía la vida mental de todos. Toda la actividad social giraría en torno de la sublime gloria de tener un culo impecablemente aseado. Las mujeres morirían por hombres de culo excepcionalmente limpio, que ocuparían los escaños más prestigiosos de la sociedad. Los hombres buscarían a su vez mujeres de culo intachable y de preferencia recatado, pero en cualquier caso delicadamente cuidado. Los candidatos presidenciales de todos los países presumirían un culo más acicalado que el de sus rivales, ganando así simpatizantes y votos para su causa.

Ahora Ateneo no pudo evitar dejar escapar una risa más abierta.

No los futbolistas ni las modelos, ni tampoco los youtubers o ni siquiera los cantantes de reguetón serían las personas más admiradas y respetadas, sino los individuos de culo inmaculado. Se rezaría en las iglesias al divino Trasero solicitándole favores, con la esperanza de alcanzar la vida eterna y gozarla al lado del Gran Culo. Culo absoluto e incondicionado, motor que mueve sin ser movido, causa primera, metafísica nalga.

Las personas de culo limpiísimo serían reverentemente identificadas como “culilimpios”, o tal vez “*culilimpius*”, para añadir un cierto toque patricio remotamente asociable a la antigua nobleza romana. En contrapartida, el peor insulto no sería ser llamado naco o muerto de hambre, sino culosucio. Como es lógico suponer, las clases altas tendrían los culos más envidiablemente limpios de todos, las clases medias lo tendrían medio limpio, la gente humilde francamente sucio y existiría también la extrema suciedad del culo.

También el trabajo se organizaría con arreglo a la higiene del culo: la mayoría de la población pasaría muchas horas al día limpiando

culos, a cambio de un salario suficiente para mantenerse con vida y así poder seguir trabajando. Se les entregaría un pequeño cepillo -más bien como un pincel-, para acicalar a los de en medio, quienes dispondrían de un bello cepillo con mango largo que los haría sentir orgullosos de su posición, aunque siempre dispuestos a mejorarla perfeccionando sus habilidades. Los de más arriba, que serían unos pocos, no tendrían que limpiarle el culo a nadie. Sus tareas serían las más importantes de todas: 1) disponer los espacios y los instrumentos (pinces, cepillos, líquido limpia-culos) para que el orden social pudiera seguir funcionando y, 2) servir de inspiración a las aspiraciones de los demás. También habría desposeídos, que limpiarían el culo a todos, pero no recibirían ningún instrumento de limpieza para realizar su labor. Se les llamaría tal vez los “lengüitas cafés” a modo de insulto, aunque también de cariño.

De cuando en cuando, se permitiría que alguien de lengua, pincel o cepillo especialmente talentosos ascendiera en la pirámide, incluso hasta su misma cumbre si su virtuosismo lo ameritaba. De ese modo, se mantendría la motivación dentro del sistema y sus engranajes permanecerían bien engrasados. Esta estructura piramidal garantizaría que las clases acomodadas tuvieran siempre unos culazos irreprochables, impolutos, casi diáfanos, en tanto que las clases bajas tendrían los culos más sucios. Los privilegiados culos pulcros tendrían acceso a la mejor educación, hospitales, trabajos, tribunales de justicia, servicios y oportunidades en general.

En este punto, Ateneo soltó una risotada que terminó por relajarlo del todo.

Luego se quedó pensando que, en el absurdo orden social que habitaba, no tenía el culo nada sucio.

Paseo de la Reforma

Dieron las dos de la tarde, hora de salir a comer. El clima era bastante agradable, así que dejó su saco colgado en el perchero. Bajó por el

elevador y salió a la calle. Como era de esperarse, el espeluznante portador ya no estaba en la entrada del edificio. Ateneo miró hacia ambos lados. A su derecha estaba la fuente de la Diana cazadora, y a su izquierda el Ángel de la Independencia. Decidió caminar hacia el Ángel.

La amplitud y belleza del Paseo de la Reforma inundaba siempre sus sentidos con colores y sensaciones enormemente placenteros. El sol, tan resplandeciente como jubiloso, lo acarició con delicadeza mientras caminaba. Los altos y hermosos árboles, las largas bancas de piedra, las estatuas, los camellones y jardineras, los rascacielos emblemáticos coronando la escena cual majestuoso telón de fondo, todo se conjugaba en un maravilloso mosaico multicolor. En octubre y noviembre las jardineras centrales eran engalanadas con el amarillo intenso (casi naranja) del cempasúchitl. Ya pronto llegaría la primavera, y entonces aparecerían las coquetas jacarandas flanqueando la gran avenida.

Ríos de gente iban y venían de un lado para otro en todas direcciones, apresurados por llegar vaya usted a saber adónde (al centro de su soledad, habría dicho Rita Guerrero). Un turibús pasó en ese momento junto a él, rebosante -en su piso superior descapotado- de turistas relajados tras sus lentes de sol y sus ropas holgadas.

Algo trepó de improviso sobre su hombro... una mano. Ateneo volteó. La mano era de Diego Tapia.

—Mi estimado Ateneo.

—Qué tal Diego.

—Venías completamente absorto.

—Sí hombre. Me hechizó el buen clima y el bullicio.

—Hoy nos toca junta. Viene Toño Caruso, el de Pemex.

—A las cinco ¿no?

—Así es. Cómo ves, ¿comemos juntos en El Imperial?

—Va.

El Imperial era bastante menos de lo que su nombre sugería, pero era una alternativa confiable para disfrutar de un menú ejecutivo de calidad

y a buen precio. Como estaba muy cerca, muchos empleados de Zalmex comían allí con frecuencia.

—Mira, ahí está Francisco Roca. Y también tu jefe en aquella mesa de atrás —dijo Diego mientras ambos sonreían y saludaban con la cabeza a los aludidos.

—N'ambre, puro culo re limpio aquí.

—¿Qué?

—Nada. Chiste privado.

—Creo que es un chiste que me gustaría escuchar.

—Luego, luego. Primero cuéntame qué tal tu día.

Eligieron una mesa, se sentaron, ordenaron y posteriormente Diego le contó su día a Ateneo. Nada fuera de lo cotidiano.

—¿Y tú mi buen Job? ¿Qué tal tu día? Hey, ¿estás seguro de que tu familia no es de origen judío?

—Segurísimo.

—Me extraña que, con ese apellido, tus papás no te hayan puesto Abraham, o Moisés, o cualquier otro personaje del Antiguo Testamento. Ateneo es demasiado... griego.

—Si te contara cómo comenzó mi día, no me lo creerías.

—¿Y eso?

—Me quedé platicando un buen rato con una completa desconocida. En la calle.

—¿Ah sí? Pues qué raro, con trabajos le hablas a la gente de la oficina. Soy de los pocos afortunados, jaja. Debe haber estado muy guapa.

—No. Era una señora de unos sesenta años.

—Pues sí que debe haber estado súper guapa de joven, que todavía estaba tan bien conservada.

—Que no, hombre. No se trataba de eso. ¿Y si te dijera que hablamos de Platón, Voltaire y David Hume?

—Tenías razón. No te creo.

—Bueno es más, hasta Marx, Heidegger y Foucault se hicieron presentes en la conversación. De manera indirecta, claro.

—Pobre señora. Tengo la impresión de que solo hablaste tú. No sería la primera vez.

—¿Insinúas que no me comunico realmente con las personas?, ¿que en lugar de conectar genuinamente, proyecto mi mundo mental sobre ellas?

—Nah. Lo dijiste tú, no yo —dijo Diego riendo amigablemente. Después añadió—: En cierta forma, los seres humanos siempre estamos en comunicación. Pero al mismo tiempo, tal vez nunca nos comunicamos realmente.

Hizo una pausa y agregó:

—¿Ya ves? Ahora yo estoy filosofando. Me hace mal juntarme contigo. Siempre lo he dicho, eres demasiado culto para el oficio que tienes.

—Bueno, de chico quise ser escritor —apuntó Ateneo en su defensa.

—¡Ah! Por cierto, leí el artículo que escribiste para la revista del Partido.

—¿En serio?

—¡Obvio! En cuanto me enteré que detrás del pseudónimo Dionisos estabas tú, quise leerlo, pero no tuve tiempo hasta ahora. El arte no es mi fuerte, pero igual me pareció un escrito muy interesante. Recuérdame el título.

—El arte trágico en tiempos de Marvel.

—Eso. Muy bueno. Por lo que sé, ya eres toda una celebridad local. Primer texto que publicas y primer éxito. Felicidades. Aunque si no mal recuerdo, no te agrada para nada el Partido. ¿Por qué lo publicaste ahí?

—Eso era parte del objetivo. Lo escribí como una especie de desafío lanzado al interior del sistema mismo, pero sin que pareciera un desafío en absoluto.

—Sí, justo eso te iba a decir. El ensayo es lo suficientemente prudente para evadir la guillotina de los censores del Partido, pero al

mismo tiempo lo suficientemente sugerente para provocar reflexiones, digamos... poco ortodoxas.

—Muy bien visto Diego. Esa era la intención. El arte trágico expresa una visión del mundo que es fundamentalmente incompatible con el clima político, social e ideológico en que vivimos. Y no me refiero a México, sino al mundo cultural en general. Incluidas las películas mega taquilleras que inundan de espectadores las salas de cine. En un contexto así, el arte puede llegar a ser más subversivo que las balas.

—Vi que te basas mucho en Nietzsche. Es un autor que siempre he querido leer. Pero ya sabes, la chamba, las deudas, la novia.

—Ya sé.

La comida llegó. Ateneo había pedido pollo con mole, y Diego unas enchiladas suizas acompañadas de frijoles refritos. Como parte del menú ejecutivo, ambos tenían sopa de tortilla, agüita de jamaica y camote con piloncillo de postre.

—Mmm, qué rico —dijo Diego.

Los dos casi se abalanzaron sobre la comida.

—Y todavía no te he contado del mendigo ciego que me agarró la pierna en la entrada del edificio, tempranito en la mañana. ¿Lo viste?

Diego puso cara de extrañeza.

—Hoy fui casi el primero en llegar. Y estoy seguro de no haber visto a ningún mendigo en la entrada.

—¿De verdad? Qué raro —dijo Ateneo, desconcertado.

—Uff, qué buena la sopita —dijo Diego con un destello en los ojos—. Oye, ¿ya supiste lo de la viuda de Obama?

—¿Michelle? No, últimamente no he visto las noticias internacionales. Cuéntame.

—Pues nada, que apareció sorpresivamente en un mitin en Atlanta. Ya te imaginarás el revuelo que causó.

—Tsss. Y justo después de la masacre en Chicago.

—Exacto. Se van a poner feas las cosas. Habrá que esperar nuevas olas de migrantes en los próximos meses.

—Uta, los de la Planilla Azul se van a estresar aun más —observó Ateneo—. Aunque tener a nuestro vecino incómodo en Guerra civil también tiene sus ventajas. Los mantiene demasiado ocupados como para pensar en amenazar las fronteras de países como el nuestro. Y sobre todo, redobla la fuga de capitales. Por lo pronto, hoy el dólar amaneció a 4.3 pesos. Nuevo récord histórico.

—Sí vi. No manches, qué rico se ve tu mole.

—Está buenísimo. Es del negro de Oaxaca. Me gusta incluso más que el poblano.

—¿Te das cuenta de que ya son quince años del asesinato de Barack y el inicio de la Insurrección afroamericana?

—¿Ya tanto?

—Ajá.

—Qué rápido pasa el tiempo. ¡Joven! ¿Me trae por favor más tortillitas bien calientitas? ¡Gracias!

Ateneo y Diego siguieron platicando mientras comían. En un momento dado su jefe se acercó a su mesa.

—Jóvenes, me acaba de llamar Toño Caruso. Ya nos espera en la oficina.

—Ah caray, ¿que no era hasta las cinco la junta? —inquirió Diego.

—Sí, a mí también me sorprendió que me marcara. Terminen de comer con calma. Pero cuando regresen pasen directo a la sala de juntas. Yo me voy adelantando.

—Ok —dijo Ateneo.

Diego lo miró y se encogió de hombros.

Antes de salir de El Imperial, Ateneo se acordó de que no había tomado su pastilla. Ya no tenía con qué tomarla, así que le pidió a un mesero un vaso con agua. Tragó la pastilla, regresó con Diego y caminaron hasta el edificio de Zalmex.

—Te veo en la sala de juntas. Voy a mi oficina por mi agenda.

—Ok —contestó Diego.

Ya en su oficina, Ateneo buscó en los cajones de su escritorio, pero no encontró su agenda.

—¡Ateneo! —dijo una voz desde la puerta.

Era Toño Caruso.

—¡Hola Toño! ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí? Ya te estamos esperando.

—Sí, ya voy. Estaba buscando mi agenda.

—¿Agenda? ¿No la tienes en tu celular?

—Sí, también. Llámame anticuado, pero hay algunas cosas que prefiero anotar en mi agenda física.

—Ya vente, no nos hagas esperar. Tengo un poco de prisa, por eso llegué más temprano de lo acordado. Te mando todos los datos importantes por correo en cuanto terminemos la junta, te lo prometo —insistió Toño, mirando a Ateneo mientras sonreía.

—Bueno —replicó Ateneo.

Ya de camino se estrecharon la mano e intercambiaron algunas frases de cortesía. Cuatro personas los esperaban en la sala de juntas para discutir los nuevos términos de la alianza estratégica concerniente al combustible para el transporte terrestre. Tomaron asiento y la junta comenzó con normalidad.

—Hey Job, ¿de cuántos camiones es la flotilla de apoyo al Gobierno? —preguntó alguien.

La explosión, ensordecedora, hizo retumbar la sala de juntas. Ateneo se tiró al piso instintivamente. No se fijó si los demás habían hecho lo mismo. Afuera se escucharon gritos.

Tras el susto inicial, todos se pusieron de pie, alarmados. El jefe de Ateneo fue el primero en salir por la puerta. Ateneo fue el último.

Caminó aturdido por entre las personas que corrían de un lado a otro, aterrorizadas. Vio a Ricardo Gutiérrez, con semblante angustiado, mover de arriba a abajo su brazo ensangrentado. Susanita intentaba calmarlo.

Ateneo siguió avanzando lentamente, como en un sueño. Había pedazos de vidrio por todo el piso. El fuego venía del fondo. Se acercó,

arrastrando los pies, adonde la mayoría de la gente estaba congregada, abriéndose paso entre ellos. Dio algunos pasos más. En el suelo había un trozo de madera. Se agachó, se puso en cuclillas y lo tomó entre sus manos. Tenía manchas de sangre, quizá de Ricardo, o de alguien más que pasaba por allí al momento de la explosión. Se quedó viendo el pedazo de moderno nogal con su lámina de metal en donde todavía se alcanzaba a distinguir la A mayúscula de su nombre. Lívido, miró hacia el frente: su oficina estaba aún en llamas, pese a que alguien había empezado ya a utilizar uno de los extinguidores. En sus ojos se reflejó brevemente el rojo intenso frente a él, como un infierno ardiendo en su interior. Fuego y sangre, sangre y fuego.

Con el ensangrentado retazo de madera todavía entre las manos, se incorporó y giró despacio sobre sí mismo: todos lo miraban anonadados, su figura inerte recortada sobre el fondo amenazante detrás suyo, que parecía querer engullirlo. Sobre todo su jefe lucía estupefacto, mirando alternativamente la oficina devastada y a él. Ateneo adivinaba lo que estaba pensando. Tampoco a él mismo se le ocurría ningún posible motivo, ninguna razón, ningún enemigo. Su vida era aburrida y totalmente ajena a cualquier tipo de peligro o violencia.

Se sintió perdido.

¿Qué estaba pasando?

Una cosa era segura. Alguien había intentado asesinarlo.

Alguien quería verlo muerto.

¿Por qué?

Poco o nada podía imaginar Ateneo que su asombrosa odisea acababa de comenzar.